

afeminó; pero no se considera que no se sube á la verdadera causa. Enriquecidos los soldados de aquel ejército despues de tantas victorias, ¿no hubieran hallado Capua en todas partes? Alejandro, que mandaba á sus soldados, tomó en una ocasion semejante un expediente que Aníbal, que no tenía mas que tropas interesadas, no podia tomar: mandó poner fuego al bagage de sus soldados, y quemó todas las riquezas de ellos y las suyas propias. Nos dicen que Koulikan, despues de conquistadas las Indias, no dejó á cada soldado mas que cien rupias de plata (1).

Las conquistas mismas de Aníbal comenzaron á mudar la fortuna de aquella guerra. No le habian enviado los magistrados de Cartago á Italia; recibia cortísimos socorros, sea por los zelos de un partido, sea por la suma confianza de otro. Miétras que permaneció con su ejército junto, derrotó á los Romanos; pero cuando le fué necesario dejar guarniciones en las ciudades, defender á sus aliados, sitiár las plazas, ó impedir que las sitiasen, se hallaron muy reducidas sus fuerzas; y perdió por menor una gran parte de su ejército. Las conquistas son fáciles de hacer, á causa de que uno las hace con todas sus fuerzas; pero son difíciles de con-

(1) Historia de su vida. Paris, 1742, p. 402.

servar, á causa de que no las defiende sino con una parte de las mismas fuerzas.

## CAPITULO V.

*Del Estado de la Grecia, Macedonia, Siria y Egipto, despues del abatimiento de los Cartaginenses.*

ME imagino que Aníbal decia poquisimas agudezas, y que las decia ménos todavía en favor de Fabio y Marcelo contra sí mismo. Me pesa ver á Tito Livio echar flores sobre aquellos grandes colosos de la antigüedad; y hubiera querido yo que él se hubiera conducido como Homero, que no cuida de adornarlos, y sabe hacerlos mover tambien.

Y aun seria menester que fuesen sensatos los discursos que hacen tener á Aníbal. Si, al saber la derrota de su hermano, confesó que preveia la ruina de Cartago, no veo cosa ninguna mas propia para desesperar á los pueblos que se le habian entregado, y desaminar á un ejército que esperaba tan grandes recompensas despues de la guerra.

Como los Cartaginenses en España, Sicilia y Cerdeña no oponian ningun ejército que no fuese desgraciado, Aníbal, cuyos enemigos se

fortificaban incesantemente, se vió reducido á una guerra defensiva. Esto sugirió á los Romanos la idea de llevar la guerra á Africa; en la que desembarcó Cipion. Los triunfos que allí consiguió, pusieron á los Cartagineses en la necesidad de mandar volver de Italia á Anibal, que lloró de dolor al ceder á los Romanos aquella tierra en que los habia vencido tantas veces.

Cuanto un famoso estadista y campeon puede hacer, lo hizo Anibal para salvar su patria; y no habiendo podido inclinar á Cipion hácia la paz, dió una batalla en que parece que la fortuna tuvo la complacencia de confundir su habilidad, esperiencia y sano juicio.

Cartago recibió la paz, no de un enemigo, sino de un señor: se obligó á pagar diez mil talentos en cincuenta años, á dar rehenes, á entregar sus naves y elefantes, y á no hacer guerra á nadie sin el consentimiento del pueblo romano; y para tenerla humillada siempre, aumentaron el poder de Masinisa, eterno enemigo suyo.

Roma, despues del abatimiento de los Cartagineses, no tuvo ya casi mas que cortas guerras y grandes victorias; en vez de que ántes habia tenido cortas victorias y grandes guerras.

Habia en aquel tiempo como dos mundos separados; en el uno peleaban los Cartagineses y Romanos; el otro estaba agitado con contiendas que duraban desde la muerte de Alejandro; no

se pensaba allí en los sucesos del Occidente (1); porque aunque Filipo, rey de Macedonia, habia hecho un tratado con Anibal, no tuvo casi efecto; y este principe, que no acordó á los Cartagineses mas que muy débiles socorros, no hizo mas que manifestar á los Romanos una mala voluntad inútil.

Quando se ve que dos grandes naciones se hacen una guerra dilatada y obstinada, es á menudo una mala política el pensar que se puede permanecer espectador tranquilo; porque aquella de los dos naciones que queda vencedora; emprende desde luego nuevas guerras, y una nacion de soldados va combatir contra pueblos que no son mas que ciudadanos.

Esto se manifestó bien claramente en aquellos tiempos: porque los Romanos, apénas hubieron domado á los Cartagineses, cuando atacaron á nuevos pueblos, y se presentaron en toda la tierra para invadirlo todo.

No habia entónces en el Oriente mas que cuatro potencias capaces de resistir á los Romanos; la Grecia, y los reinos de Macedonia, Siria y Egipto. Es necesario ver cual era la situa-

(1) Es cosa estraña, como Josefo lo nota en el libro á Apion, lib. I, cap. 4, que Herodoto, y Tucídides no hayan hablado nunca de los Romanos, aunque habian hecho grandes guerras.

15622

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
MEXICO

cion de estas dos primeras potencias, porque los Romanos comenzaron sujetándolas.

Había tres pueblos considerables en la Grecia, los Etolios, Acayos y Beocios; eran unas asociaciones de ciudades libres que tenían asambleas generales y magistrados comunes. Los Etolios eran belicosos, atrevidos, temerarios, ansiosos de lucro, siempre libres de su palabra y juramento, últimamente haciendo la guerra por tierra como los piratas por mar. Los Acayos se veían fatigados siempre por algunos vecinos ó por defensores incómodos. Los Beocios, los más estúpidos de todos los Griegos, tomaban cuanta ménos parte podían en los negocios generales; conducidos únicamente por la idea presente del bien y mal, no tenían suficiente talento para que los oradores tuviesen facilidad en agitarlos; y, lo que hay de extraordinario, su república se conservaba en la anarquía misma (1).

Lacedemonia había conservado su poder, es decir aquel espíritu belicoso que las instituciones de Licurgo le infundían. Los Tesalienses estaban esclavizados en algún modo por los Macedonios. Los Romanos habían abatido ya en sumo grado

(1) Los magistrados, para complacer á la multitud, no abrían ya los tribunales; los moribundos legaban sus bienes á sus amigos para emplearlos en festines. Véase un fragmento del lib. XX de Polibio, en el *Estracto de las virtudes y vicios*.

á los reyes de Iliria. Los Acarnanios y Atamanes se veían asolados alternativamente por las fuerzas de la Macedonia y Etolia. Los Atenieses sin fuerzas por sí mismos, y sin aliados (1), no asombraban al mundo mas que por medio de sus adulaciones para con los reyes; y no se subía ya á la tribuna, en que había hablado Demóstenes, mas que para proponer los mas viles y escandalosos decretos.

La Grecia por otra parte era formidable á causa de su situación, de la fuerza y multitud de sus ciudades, del número de soldados, de su policía, de sus costumbres y leyes; era amante de la guerra, conocía el arte de ella; y hubiera sido invencible, si hubiera estado unida.

La habían asombrado mucho el primer Filipo y Antipatro, pero sin subyugarla; y los reyes de Macedonia, que no podían resolverse á abandonar sus pretensiones y esperanzas, se obstinaban en tratar de esclavizarla.

La Macedonia estaba circundada casi de inaccesibles montañas; sus pueblos tenían suma aptitud para la guerra, eran valientes, sumisos, industriosos, é infatigables; y era menester que fuesen deudores de estas prendas al clima, supuesto que aun hoy día los naturales de aque-

(1) Ne tenían ninguna alianza con los demas pueblos de la Grecia. Polibio, lib. VIII.

llas regiones son los mejores soldados del imperio-turco.

Se conservaba la Grecia por medio de una especie de equilibrio: los Lacedemonios eran comunmente aliados de los Etolios, y los Macedonios lo eran de los Acayos. Pero se rompió todo equilibrio con la llegada de los Romanos.

Como los reyes de Macedonia no podian mantener un crecido número de tropas (1) el menor descalabro era de consecuencia; por otra parte, experimentaban suma dificultad para engrandecerse, á causa de que no siendo desconocidos sus designios, se estaba siempre con ojo alerta sobre sus pasos; y los triunfos que ellos conseguian en las guerra emprendidas por sus aliados, eran un mal que estos aliados mismos trataban desde luego de reparar.

Pero los reyes de Macedonia eran por lo comun príncipes hábiles. Su monarquía no era del número de aquellas que caminan con una especie de curso dado en el principio. Instruidos de continuo con los peligros y los negocios, y complicados en todas las contiendas de los Griegos, tenian necesidad de ganar á los principales de las ciudades, alucinar á los pueblos, y dividir ó reunir los intereses, últimamente se veian precisados á esponer sus personas en los combates.

(1) Véase Plutarco, *Vida de Flaminio*, tom IV, p. 64.

Filipo, que en el principio de su reinado se habia atraído con su moderación el amor y confianza de los Griegos, se mudó repentinamente; se volvió un cruel tirano en un tiempo en que hubiera debido ser justo por política y ambicion (1). Veía, aunque de léjos, á los Cartagineses y Romanos, cuyas fuerzas eran inmensas; habia acabado la guerra con beneficio de sus aliados, y reconciliádose con los Etolios. Era natural que pensara en reunir á sí toda la Grecia, para impedir á los estrangeros de establecerse en ella; pero la irritó, por el contrario, con cortas usurpaciones; y divirtiéndose en ventilar vanos intereses cuando se trataba de su existencia, se hizo odioso y detestable á todos los Griegos con tres ó cuatro malas acciones.

Los Etolios fuéron los que mas se irritaron; y aprovechándose los Romanos de la ocasion de su resentimiento, ó por mejor decir, de su locura, hicieron alianza con ellos, entraron en la Grecia, y la armaron contra Filipe.

Fué vencido este príncipe en la batalla de los Cinocéfalos; cuya victoria se debió en parte al valor de los Etolios. Llegó su consternacion á tanto grado, que accedió á un tratado que era ménos una paz que un abandono de sus propias fuerzas; mandó que todas sus guarniciones sa-

(1) Véase en Polibio las injusticias y crueldades con que se desacreditó Filipo.

lieran de la Grecia, entregó sus naves, y se obligó á pagar mil talentos en diez años.

Polibio compara, con su acostumbrado sano juicio, las ordenanzas de los Romanos con las de los Macedonios que se siguiéron por todos los reyes sucesores de Alejandro. Hace ver los beneficios é inconvenientes de la falange y de la legion; da la preferencia al arreglo romano; y hay apariencia de que lleva razon, si juzgamos de ello por todos los sucesos de aquellos tiempos.

Lo que habia contribuido mucho á que peligrasen los Romanos en la segunda guerra púnica, es que Aníbal armó en el principio á sus soldados á la romana; pero los Griegos no mudáron sus armas ni modo de pelear; y no les ocurrió la idea de renunciar á unos usos con que habian hecho cosas tan admirables.

El triunfo que los Romanos consiguieron contra Filipo, fué el mayor de cuantos pasos diéron para la conquista general. Para asegurarse de la Grecia, abatiéron, por todos los medios, á los Etolios, que los habian ayudado á vencer; y ademas, mandáron que cuantas ciudades griegas habian pertenecido á Filipo, ó á cualquiera otro príncipe, se gobernarían por sus propias leyes en lo sucesivo.

Se ve bien que aquellas reducidas repúblicas no podían ménos de estar dependientes. Los

Griegos se entregáron á una estúpida alegría, y creyéron ser efectivamente libres, porque los Romanos los declaraban tales.

Los Etolios, que se habian figurado que dominarían en la Grecia, viéron que no habian hecho mas que esclavizarse, y se desesperáron; y como tomaban siempre resoluciones estremadas, queriendo corregir sus locuras con otras nuevas, llamáron hácia la Grecia á Antioco, rey de Siria, como habian llamado á los Romanos.

Los reyes de Siria eran los sucesores mas poderosos de Alejandro; porque poseían casi todos los estados de Darío, ménos el Egipto; pero habian acaecido cosas que habian sido causa de que su poder se cercenase mucho.

Seleuco, que habia fundado el imperio de Siria, habia destruido al fin de su vida, el reino de Lisimaco. En la confusion de las cosas se rebeláron muchas provincias; y se formáron los reinos de Pergamo, Capadocia y Bitinia. Pero estos pequeños estados tímidos miráron la humillacion de sus antiguos señores como una fortuna para sí.

Como los reyes de Siria viéron siempre con una estrema envidia la felicidad del reino de Egipto, no pensáron mas que en conquistarle; lo qual fué causa de que, dejando abandonado el Oriente, perdiesen muchas de sus

provincias, y fuesen muy mal obedecidos en otras.

Últimamente, los reyes de Siria poseían la alta y baja Asia; pero la esperiencia hizo ver que en este caso, cuando la capital y las principales fuerzas están en las provincias bajas de la Asia, no pueden conservarse las altas; y que cuando la residencia del imperio está en las altas, se debilita el que quiere conservar las bajas. El imperio de los Persas y el de Siria no fueron nunca tan fuertes como el de los Partos, que no tenía mas que una parte de los dos primeros. Si Ciro no hubiera conquistado el reino de Lidia, si Seleuco hubiera permanecido en Babilonia, y dejado las provincias marítimas á los sucesores de Antígono, el imperio de los Persas hubiera sido invencible para los Griegos, y el de Seleuco para los Romanos. Hay ciertos límites que la naturaleza señaló á los estados para mortificar la ambición de los hombres. Cuando los pasaron los Romanos, los hicieron perecer los Partos casi á todos (1), y cuando los Partos osaron pasarlos, se vieron obligados desde luego á volverse; y en nuestros dias, los Turcos que se adelantaron mas allá de estos límites, fueron forzados á encerrarse dentro de ellos.

(1) Diré las razones de ello en el capítulo 15. Están sacadas en parte de la disposición geográfica de ambos imperios.

Los reyes de Siria y Egipto tenían dos especies de súbditos en sus dominios; los pueblos conquistadores y los conquistados. Estos primeros, muy ufanos todavía con la idea de su origen, eran muy difíciles de gobernar; no tenían aquel espíritu de independencia que nos inclina á sacudir el yugo, sino aquella impaciencia que infunde deseos de pasar á nuevo señor.

Pero la principal debilidad del reino de Siria provenía de la corte en que reinaban sucesores de Darío, pero no de Alejandro. El lujo, vanidad, y molición, que, en ningún siglo, abandonaron las cortes de Asia, reinaban mas especialmente en esta. El mal se comunicó al pueblo y soldados, y se hizo contagioso para los Romanos mismos, supuesto que la guerra que ellos hicieron contra Antioco es la verdadera época de su corrupción.

Esta era la situación del reino de Siria, cuando Antioco, que habia hecho admirables cosas, emprendió la guerra contra los Romanos; pero no se condujo ni aun con la prudencia que es de uso en los negocios comunes. Aníbal quería que se renovara la guerra en Italia, y que ganaran á Filipo, ó le hicieran neutral. Antioco no hizo nada de todo ello; se presentó en la Grecia con una corta parte de sus fuerzas; y como si hubiera querido ver allí la guerra y no hacerla, no se

ocupó mas que en sus placeres. Fué derrotado , y huyó á la Asia mas espantado que vencido.

Arrastrado Filipo en esta guerra por los Romanos como por un torrente, los sirvió con todo su poder , y fué el instrumento de sus victorias. El gusto de vengarse y asolar la Etolia, la promesa de disminuirle el tributo y dejarle algunas ciudades , algunos zelos que tenia de Antioco , últimamente varios pequeños motivos le determináron ; y no osando concebir la idea de sacudir el yugo , no pensó mas que en suavizarle.

Antioco juzgó tan mal de los negocios , que se imaginó que los Romanos le dejarían sosegado en Asia. Pero fuéron siguiéndole allá , y de nuevo quedó vencido ; en su consternacion , accedió al tratado mas infame que un gran príncipe haya hecho jamas.

No sé nada tan magnánimo como la resolucion que tomó un monarca que reinó en nuestra era (1), de sepultarse primero bajo las ruinas del trono que aceptar proposiciones que un rey no debe oír : tenia un alma muy noble para descender mas abajo de aquello á que sus desgracias le habian reducido ; y sabia bien que el valor puede afirmar mas una corona , y que la infamia no lo hace nunca.

Es cosa comun el ver á varios príncipes que

(1) Luis XIV.

saben dar una batalla ; pero hay poquísimos que sepan hacer la guerra ; que sean capaces de valerse de la fortuna y de esperarla ; y que con aquella disposicion de ánimo que infunde desconfianza ántes de emprender , tengan la de no temer ya nada despues de haber emprendido.

Despues del abatimiento de Antioco , no quedaban ya mas que cortos estados , si se exceptúa el Egipto , que por su situacion , comercio , número de sus habitantes , sus fuerzas navales y terrestres , hubiera podido ser formidable : pero la crueldad de sus reyes , su cobardía , avaricia , imbecilidad , y horrendos deleites , los hicieron tan odiosos á sus súbditos , que no se sostuviéron la mayor parte del tiempo mas que con la proteccion de los Romanos.

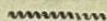
Era en algun modo una ley fundamental de la corona de Egipto , que las hermanas sucedían con los hermanos ; y con el fin de mantener la unidad en el gobierno , casaban al hermano con la hermana. Pero es difícil de imaginar nada mas pernicioso en la política que semejante orden de sucesion ; porque todas las pequeñas contiendas domésticas pasaban á ser desórdenes públicos ; y aquel de los dos , que tenia el menor sentimiento , sublevaba contra el otro al pueblo de Alejandría , inmenso populacho siempre dispuesto á unirse con el primero de sus reyes que quisiera conmooverle. Ademas , hallándose co-

munmente los reinos de Cirene y Chipre en poder de otros príncipes de la misma casa con derechos recíprocos sobre el todo, sucedía que había casi siempre príncipes reinantes y pretendientes á la corona; que estos reyes estaban en un trono vacilante; y que mal establecidos en lo interior carecían de poder en lo exterior.

Las fuerzas de los reyes de Egipto, como las de los otros reyes de Asia, consistían en sus auxiliares griegos. Además del espíritu de libertad, honor y gloria que animaba á los Griegos, se ocupaban incesantemente en todas las especies de ejercicios corporales: tenían establecidos en sus principales ciudades juegos en que los vencedores obtenían coronas á la vista de toda la Grecia; lo cual servía de una emulacion general. En un tiempo, pues, en que se peleaba con armas cuyo buen éxito dependía de la fuerza y destreza del que se servía de ellas, no puede dudarse de que unas gentes así ejercitadas tuviesen mucha superioridad sobre aquella infinidad de bárbaros tomados indiferentemente, y conducidos sin eleccion á la guerra, como los ejércitos de Darío lo hicieron ver.

Los Romanos, para privar de semejante tropa á los reyes, y quitarles sin ruido sus principales fuerzas, hicieron dos cosas: primeramente, establecieron poco á poco como una máxima entre los Griegos que no podrian tener ninguna alian-

za, ni acordar socorro ó hacer la guerra á nadie, sin su consentimiento: además, en sus tratados con los reyes, les prohibieron hacer alistamiento ninguno entre los Romanos; lo que los reducía á sus tropas nacionales (1).



## CAPITULO VI.

*De la conducta que observaron los Romanos para sujetar á los pueblos.*

En el curso de tantas prosperidades, que por lo comun nos hace negligentes, obraba siempre el senado con la misma profundidad; y mientras que los ejércitos lo consternaban todo, tenía él en tierra á cuantos hallaba derribados.

El senado se erigió en tribunal que juzgó á todos los pueblos: y al fin de cada guerra, decidía de las penas y premios que cada uno había merecido. Quitaba una parte del territorio del pueblo vencido para darla á los aliados; en lo que hacia dos cosas, hacia adictos á Roma á unos reyes de quienes ella tenía poco que temer y mucho que esperar; y debilitaba á otros de quienes no tenía nada que esperar y mucho que temer.

(1) Habían tenido ya esta política con los Cartagineses, á los que obligaron, por el tratado, á no servirse de tropas auxiliares, como vemos en un fragmento de Dion.